

tos y se negó á sus súplicas. Además, con gran sentido político, y con destimbradora lucidez de palabra, les dijo que si los candidatos injuramentados eran elegidos debían ir, dirigirse á la Cámara, penetrar en el salón de sesiones, exponerse á que los cogieran del brazo, los echaran de la Cámara, los redujeran á prisión, los obligaran á ofrecer de nuevo su vida y su libertad por la República; rasgo heroico, sublime, que no podía prevalecer, triunfar, lucir, si no había en el partido democrático fuera de la Cámara y en sus representantes dentro la más perfecta unanimidad. Pero sin esta unanimidad, la manifestación, de suyo peligrosa, criticada acerbamente por unos, abandonada por otros, falta de aquel impulso que nace del conjunto de fuerzas, acabaría por inmensa catástrofe dando al Imperio fuerza incontrastable.

Barbes, el caballero sin miedo y sin mancha de la democracia, el mártir de la República; un griego por lo artista, un romano por lo fuerte, una mujer por lo tierno, un viejo por lo sufrido, un niño por lo inocente; escritor de estilo sublime, filósofo en acción, teólogo, religiosísimo; con costumbres de revolucionario y expansiones de místico; el pensamiento lleno de ensueños luminosos y el corazón de fé vivísima; perteneciente á la raza de los redentores, que solo han tenido por vivienda la cruz, por bebida la hiel, por sol y por lumbre el fuego del sacrificio; condenado á muerte en sus mocedades; ocho años en una fortaleza, tres meses de libertad en continua contienda, seis años luego en prisión casi cerular, quince en el destierro, se movía á los latidos de su corazón que materialmente no le paraba en el pecho; y con los grandes ojos de eriollo casi extintos miraba á la Francia, con la voz de trueno casi apagada la invocaba, con su rostro lívido por el relámpago de la muerte buscaba desde la expatriación el aire lejano de las costas y de las montañas pátrias, para que lo oreasen con el beso de las eternas despedidas; y al abrirse en la hora

de la agonía la vista de su alma hacía los horizontes de la eternidad y entrever á Dios en la cima de los mundos, gritaba que sus hermanos en el apostolado y en el martirio no cayeran en los lazos de la tiranía, no mancharan con batallas inútiles victorias próximas, no vertieran la sangre de los soldados franceses, en la certeza, en la evidencia de que á más andar se acercaba el día de la verdadera realización de la libertad y de la igualdad sobre nuestro oscuro y desgraciado planeta.

Mientras así procedían los antiguos jefes del partido, Mr. Rochefort, candidato juramentado, apoyaba con todas sus fuerzas las candidaturas de los injuramentados. Su despecho por la negativa de Ledru-Rollin se traslucía en palabras temerarias contra el gran tribuno que corrieron por todos los periódicos y que nunca pudo explicar satisfactoriamente. La verdad es que había notable diferencia entre el terror que inspiraba al Imperio el ligero folletista y el terror que le inspiraba el viejo republicano. Rochefort llevaba un salvo-conducto y Ledru tenía la seguridad de encontrar un carcelero. Significaba el uno los favores un poco veleidosos y cambiantes de las muchedumbres; significaba el otro la fé constante en las ideas, la perseverancia llevada hasta la tenacidad, la resignación sublime en el destierro. Si había tenido Ledru la desgracia de aceptar las candidaturas injuramentadas y no aceptar las consecuencias, supo retirarse oportunamente, señalando el abismo á donde nos conducían los impacientes. Su amigo Mr. Délescluze, que á pesar del eterno mal humor que asaltaba su mente, y del eterno pesimismo que aquejaba á su corazón, jamás dejó de prestar el homenaje de su admiración y el afecto de su amistad al gran tribuno, volvióse contra Rochefort, y le arrojó al rostro estas crudas palabras:—«Al combatir el gobierno personal, combatimos también á aquellos que, sin saberlo y sin quererlo, le devuelven la pérdida fuerza, que

recobraría indudablemente si el partido democrático se confundiera con esa abigarrada multitud de agitadores estruendosos aglomerados de todas partes, y que hasta ahora solo se han distinguido por su incapacidad política y por su falta de buen sentido.»—En efecto, las desventuras de Rochefort continuaban.—«Ciudadano, ¿es verdad que escribisteis en vuestra infancia unos versos al matrimonio del duque de Montpensier con la infanta de España?»—«Es verdad.»—(*Grandes rumores.*)—«Luego habeis cultivado la musa de los palacios, la cortesana de las dinastías.»—«Pero si era un tema que habíamos de tratar por fuerza en nuestra clase de retórica, respondía agobiado y sudoroso el pobre candidato.»—«Mas al escribirlo en verso, y no en prosa como los demás, demostrásteis que sentíais un grande entusiasmo.»—«La escribí en verso por ganar un día y un momento más de vacaciones.»—«Pero, ciudadano, si las vacaciones fueron decretadas en celebridad de aquel suceso para todos los establecimientos de enseñanza y todos los estudiantes.»—Otro exclamaba:—«¿Es verdad que habeis colaborado, en compañía de Siraudin, para los vaudevilles?»—«¿Quién se atreve, respondía, á creer que mis obras dramáticas se deben á un confitero?»—«Si no digo eso, digo que habeis colaborado en los vaudevilles de Siraudin.»—«Es verdad; pero cuando colaboraba conmigo no era, no, confitero; no tenía ese oficio.»—«Ciudadano socialista, exclamaba otro; todas las profesiones son verdaderamente honradas.»—Después de esta pregunta le dirige otro la siguiente:—«¿Asististeis al entierro de la reina Amelia, de la viuda de Luis Felipe?»—«Asistí; pero fué porque encontré por casualidad el duelo en las calles de Londres y lo seguí confundíndome con la muchedumbre de los curiosos.»—«¿Servisteis de padrino á un hijo de Francisco Víctor Hugo en bautizo católico?»—«Serví de padrino á ruegos suyos, y contraíe con él este lazo más de amistad; pero en eso

nada tenían que ver mis convicciones religiosas, pues á un hijo que tengo, ni lo bauticé, ni lo bautizo, ni lo bautizaré.» Francamente, todas estas ridiculeces perdían al candidato en el concepto del público, contrariaban su candidatura, y en tales términos ofendían ya al sentido común, que los amigos de Rochefort se apresuraron á arrancarle de las reuniones políticas y enviarle á Londres por temor de que todo cuanto había en la opinión pública ganado con la pluma lo perdiera con los discursos. Sacar á un publicista de su esfera es como sacar á un animal de su atmósfera. Se ahoga como se ahoga el pez en el aire y el ave en el puro oxígeno. Rochefort, como folletista, de ingenio penetrante, de estilo sencillo, de gracia aguda, no tenía rival; Rochefort, como orador, comprometía á su partido en aventuras dañosas y dejaba entre las manos del público, contra él airado, su reputación y su nombre. Para mí ha sido siempre incomprendible que un hombre dotado de las calidades de los grandes oradores no fuera al mismo tiempo grande escritor. Comprendo fácilmente que los grandes escritores carezcan de la voz sonora, de la palabra fácil, de la rapidez en las respuestas, de la corrección en el estilo hablado, del arte en improvisar que tienen los grandes oradores. Y Rochefort, que brillaba en los escritos por la gracia, no podía brillar en los discursos. Los que hacían del literato un estadista y elevaban su ingenio á las alturas de los grandes talentos, deservían á la democracia con estas extravagancias; y aminoraban un nombre, antes considerado y aplaudido, en el concepto público, regocijando á sus mortales enemigos, prontos á mostrar las sombras hasta en los soles, y por consecuencia, satisfechos de ver cómo se deshacía y se disipaba en sus propios errores, en sus propias culpas aquel aerolito, capaz de centellear un momento en las calladas noches, pero no de arder y de iluminar allá en los abismos donde ruedan los astros de primera magnitud.

Después de tantos trabajos como empleó Mr. Rochefort, las candidaturas injuramentadas no tuvieron ningún éxito. En cambio lo tuvo y muy grande su candidatura en el primer distrito, donde extraordinario número de votos venció á un republicano tan probado y sensato como Mr. Carnot. La elección de Rochefort indicaba bien claramente el odio inextinguible de París al Imperio. Todo cuanto podía contrariarle, todo cuanto podía herirle, todo cuanto podía perderle, era con anhelo buscado por el pueblo, y vertido como un corrosivo sobre su frágil corona y su eclipsado nombre. Rochefort había injuriado al César. Pues Rochefort era representante en París. Los demás elegidos pertenecían también al partido republicano, y para mayor satisfacción, al partido republicano sensato. Los tres nombrados, además de Rochefort, fueron Cremieux, Glais-Bizoin y Arago. Cremieux es un abogado israelita. Nadie lo diría al verlo, ni mucho menos al oírlo. Nada en su figura de la majestad oriental, nada en sus ojos de la profunda mirada semítica; pequeño, menudo, nervioso, inquieto; la faz redonda, la nariz chata, las pupilas diminutas, la color pálida y hasta verdosa, el cabello crespo y ensortijado, raras las cejas; pero la frente con mucho espacio, y los labios abiertos á una seductora y graciosísima sonrisa. Y si nada tiene que ver su figura con el Oriente, menos aun tiene que ver su conversacion. Os imagináis los grandes talentos judíos, según la tradicion; solemnes como los salmos, austeros como los cenobitas, sublimes como los profetas, sentenciosos como los proverbios de Salomon, breves y concisos como los versículos de la Biblia; sin ninguna gracia y sin ninguna flexibilidad, pero con majestuosísima grandeza, semejante á la excelsa é incommunicable de aquel Dios único, sin padre y sin hijos, encerrado en el tabernáculo de los cielos; y os encontráis en Cremieux un parisien completo, de imaginación pronta, de ingenio fácil, de ironía finísima, de gracejo continuo, de elo-

cuencia inagotable, de conversacion, cuyo encanto os penetra de sana alegría, y os mantiene en constante buen humor; os encontráis no el santón de Israel, no, el perfecto orador de Francia. Cremieux no fué á la política; á la manera de otros muchos, con sistema acabado en la cabeza y con la resolución de aplicar este sistema todo entero á la sociedad. Cremieux ha seguido la corriente de este siglo al cual pertenece su vida, pues nació cuatro años antes de que nuestro siglo comenzara, y es tan grande el vigor de su naturaleza y la salud de su cuerpo, que puede esperar con fundamento ver su vida extinguirse á la par que se extinga su siglo. Judío de raza, liberal de abolengo, víctima en su familia de la reaccion termodoriana que costó á su padre la libertad y la fortuna; enemigo de los Borbones, partidario de aquel error político que confundía la tradicion de la democracia con el imperio de los Bonapartes; revolucionario en Julio, cuando á la monarquía antigua se substituyó la monarquía doctrinaria; defensor de uno de los ministros de Carlos X caído, y en esta defensa abrazada por abogado y no por político, tan débil que llegó á desmayarse; de la izquierda de la Cámara bajo Luis Felipe; de los banqueteadores y opositores extremos en Febrero; calurosísimo defensor á última hora de la regencia para la Duquesa de Orleans, cuando los ánimos estaban decididos á más radicales cambios, y los aires cargados de más ruidosas tormentas; contrario al general Cavaignac y devoto de Luis Napoleon y de su presidencia; el primero en reconocer este su error y enmendarlo con una política enérgica; de los últimos en retirarse del combate para caer en la cárcel después del tremendo golpe de estado que costó su libertad y su grandeza á Francia; del gobierno provisional de las dos Repúblicas á que le elevaron los clamores del pueblo, así en el Congreso de los diputados, como en la casa de ayuntamiento; Cremieux pertenece hoy por completo á la noble causa de la democracia y de la República.

En estos escritos en que tratamos de dar á conocer los jefes de la democracia europea vienen como de molde algunas anécdotas relativas á este orador, uno de los que más han brillado en las lides del Parlamento, y más han influido en los destinos de Francia. Mr. Cremieux tiene prodigiosa memoria. De niño, recitaba en su colegio todos los versos que exigían las ceremonias; y de jóven asombraba al gran actor Talma, repitiéndole actos enteros de una tragedia que acababa de representar y que había oído por vez primera. Cuando Napoleon volvió de la isla de Elba, Cremieux sostuvo una lucha á gritos con el célebre mariscal Bertrand, porque no le permitía entrar en el gabinete imperial, y ofrecer al semi-dios, al César en persona, los votos y los homenajes de su imperialista colegio. Caído Napoleon á los tres meses, su casa fué asaltada en el terror de la Restauracion por los borbónicos, que no habiendo encontrado dinero, forzaron á su padre á firmar varios pagarés, poniéndole el cuchillo á la garganta. El jóven Cremieux presentó queja ante los tribunales contra aquellos bandidos, y como el Fiscal de la Audiencia le dijera, «os van á matar» respondió «os toca entonces el vengar mi muerte y el castigar á mis asesinos.» A los diez y ocho meses aceptó, como abogado la defensa del mismo bandido, que intentara perder y deshonor á su padre, y asesinarle á él. Su mérito por excelencia consistía en la defensa de los procesados políticos. Varios jueces realistas se propusieron condenar á un veterano, que había gritado: «Viva Napoleon,» y fué tan grande el sentimiento puesto por Cremieux en la defensa y la vivèza con que describió las hazañas y las glorias del primer Imperio, que los implacables magistrados absolviéron vertiendo amargas lágrimas. En otra ocasion debió á su talento de declamador una verdadera victoria. Varios jóvenes habían entonado la Marsellesa al pié de las ventanas de un prefecto borbónico; y los esbirros les condujeron á la cárcel, y los fiscales al banqui-

llo.—«¡La Marsellesa! exclamó Cremieux en la defensa! ¡La Marsellesa! ¿De cuándo acá es un crimen recitar estos versos?» Y recitó las estrofas. Y después de haberlas recitado con toda la entonacion de su elocuencia y todo el fuego de su pecho añadió estas palabras elocuentísimas: «¡Criminal! Llamadlo sublime. Arrullemos á nuestros hijos en su cuna con los cantos de la Marsellesa.» Y los jóvenes fueron absueltos. Muerto su padre, encontró que solamente le dejaba en herencia un gran pasivo, multitud de deudas, y Cremieux las pagó todas hasta el último céntimo. Cuando desde su provincia de Nimes pasó á la Audiencia de París, tuvo arte bastante para ganar un pleito en su viaje durante el corto tiempo que se detuvo en Lyon, lo cual le valió grande renombre en el foro, y en la capital un triunfo entre sus compañeros. Después de la revolucion de 1830, tomó á su cargo el bufete de Odilon-Barrot. Ya en París, defendió con elocuencia inagotable á todos los que iban á pedirle su poderoso auxilio; á los periodistas perseguidos, á los revolucionarios encarcelados; la memoria de Ney, anatematizada por los Borbones, los pleitos del abate Gregoire, que pedía atrasos al erario, los pleitos de aquel abate, autor de la célebre sentencia republicana: «la historia de los reyes será eternamente el martirologio de los pueblos.» Los judíos le debían triunfos ruidosísimos; y hasta los cristianos le encomendaban los pleitos de sus Iglesias, y en tales términos, que ganado uno, inscribieron su nombre israelita al pié de áureo copon, y colocaron su retrato entre la efigie de San José y la efigie de Jesucristo. Fué maestro de la Raquel, de la gran trágica que ha compartido con la Ristori el privilegio de hacer llorar á nuestro risueño siglo. Una vez que recitaba ciertos versos, sin darles la debida expresion, gritábale el maestro: «poned, pond ahí lágrimas, muchas lágrimas.» —¿Dónde quereis que vaya á buscarlas? dijo la actriz, se me han agotado... ¡Mi madre me hizo pelar tantas cebollas! —Después de un

viaje triunfal de ida y vuelta á Constantino-
pla, entró victoriosamente en la Cámara, y
allí defendió, contra su poderoso cliente y
correligionario Mr. Rostchild, la construc-
cion de las vias férreas por el Estado y no
por compañías privilegiadas. Desde entonces,
fué fiscal de la familia de los Orleans y abo-
gado de la familia de los Bonapartes. El Em-
perador Napoleon le consultó su testamento.
El fugaz rey de España José, le dejó, al mor-
rir, objetos que he visto yo mismo en su casa
de la calle de la Pompe, en Passy: la taza
en que tomaba café el gran Emperador, la
tabaquera que tenia en Santa Helena, la so-
pera microscópica regalada por su abuela
Madama Leticia al rey de Roma. En las jor-
nadas de Febrero su papel es importantísi-
mo. Perteneciente á la oposicion más avan-
zada, jamás pensó en derrocar la dinastía.
Pero nadie sabe en política, nadie qué resul-
tado final coronará sus esfuerzos, ni qué gé-
nero de victoria sus batallas. La oposicion
dinástica comenzó por suscitar unos ban-
quetes y concluyó por traer una revolucion.
En medio de esta tempestad corre al palacio,
y encuentra la familia real desolada, los cor-
tesanos en fuga, el rey paseándose con su
uniforme de teniente general muy ceñido, y
su gran cordon de la Legion de Honor muy
reluciente. La batalla estaba empeñada hácia
el palacio Real, y cuando más decision se ne-
cesita, y más unidad de pensamiento y de
conducta, en plena pelea, Luis Felipe habia
sustituido el ministerio de Guizot con un mi-
nisterio de Thiers. Cremieux obliga al rey á
cambiar el ministerio de Thiers por el ministe-
rio de Odilon-Barrot. En estas zozobras entra
Emilio Girardin, y dice al rey que todo está
perdido; que él no puede humanamente sal-
varse; y que para salvar la dinastía, es nece-
saria, indispensable la abdicacion. Luis Felipe
abdica. Cremieux recibe la noticia en la escalera
de las Tullerías, y la participa al pueblo. Pero
el pueblo no se da por satisfecho. Cremieux
vuelve al palacio, y dice que el único refugio

es la fuga. Montpensier le pide que los acom-
pañe á la plaza, y el orador judío cierra la
portezuela del coche de alquiler que se lleva
aquella pobre monarquía de circunstancias.
En vez del cañon de los Inválidos, señala
aquella caída y aquella muerte el portazo de
un fiacre. Los dinásticos piensan á una en
salvar los últimos restos de la dinastía: la re-
gencia de la Duquesa de Orleans. Esta ani-
mosísima princesa corre á la Cámara y dirige á
todas partes sus ojos con verdadera angustia
en demanda de auxilio. Lamartine, que tanto
hablára á su favor en otro tiempo, se calla
profundamente. Cremieux llega á los ban-
cos de la izquierda, donde se encuentra la
Duquesa de Orleans con su hermano el Du-
que de Nemours á un lado, y su hijo el Con-
de de París al otro, y le dice que ni siquiera
la regencia puede salvar á la dinastía. La
Duquesa de Orleans quiere hablar, y Cre-
mieux le redacta conmovedor discurso. Mas
apenas se apercibe á pronunciarlos, entra el
oleaje popular, y en sus senos se extingue
este último crepúsculo de la monarquía de
Julio. Cremieux fué nombrado ministro de
Justicia en la República: y desde aquel pun-
to, perteneció siempre con grande entusias-
mo al partido republicano, que le cuenta en-
tre sus mayores ilustraciones.

Glais-Bizoine es poco ménos viejo, pues
tiene setenta y cuatro años; y mucho más
consecuente, pues pertenece desde que se
reconoce al partido más avanzado en la de-
mocracia. Cuando se entra en el Cuerpo Le-
gislativo y se vé un viejo descuidadamente
vestido, de aspecto vulgar, de barba gris, de
ojuelos agudos, de cabeza huesosa, os dan
tentaciones de tomarlo por un representante
ó de los maestros de escuela hambrientos, ó
de los más fieles discípulos de San Crispin,
de los zapateros remendones. Pues aquel
hombre, de aspecto tan vulgar, es un breton
millonario, diputado de la extrema izquierda
bajo Luis Felipe; firmante con Odilon-Barrot
de la acusacion parlamentaria contra Guizot;

montañés en la Constituyente del cuarenta y
ocho; previsor enemigo de la candidatura de
un Bonaparte á la presidencia; representante
del pueblo desde 1863 en el Cuerpo Legisla-
tivo del Imperio; gran propagandista, y poco
orador en sí; muy ducho en cortar el hilo
é interrumpir á los demás oradores, sobre
todo, á los oradores ministeriales; uno de los
hombres que han consagrado mayor constan-
cia á la defensa de todas las libertades y al
combate contra todas las tiranías.

Francisco Arago, el tercero de los elegidos,
llevaba largos años de retraimiento. Un día,
en 1867, el fanático jóven polaco que asestó
su arma contra el Emperador de Rusia le
exige defensa ante el Jurado, y Arago reapare-
rece en la escena. Despues, cuando vé el des-
pertamiento de la conciencia nacional, y el
ardor de la juventud republicana, y la aproxi-
macion de nuevos peligros, y la necesidad de
grandes combates, pide un puesto de honor
á los electores de París entre sus represen-
tantes y recuerda la fé en la democracia y la
perseverancia en defenderla. Efectivamente;
de jóven, perteneció Arago á la juventud do-
rada de París, yendo de sarao en sarao é hil-
vanando composiciones dramáticas; pero al
madurar su edad, se persuadió de que pro-
fundas vocaciones le llamaban á más altos
destinos, y se consagró á la profesion del
foro, donde tuvo su corazon siempre abierto
á la compasion y su palabra siempre dispuesta
á la defensa de los atribulados republicanos,
que, en aquellos dias del heroismo de nuestro
partido, contaban sus años por las revolucio-
nes emprendidas, y las revoluciones empen-
didas por las derrotas y por las desgracias.
Así, cuando vino la revolucion de Febrero,
cuando la República se proclamó en París,
fué uno de aquellos comisarios célebres que
envió Ledru-Rollin á las provincias, encar-
gándoles de mantener la autoridad vacilante
del gobierno y de avivar el espíritu republi-
cano en las muchedumbres. Su prefectura
fué Lyon, ciudad republicana, es verdad, pero

inquieta, nerviosa, impaciente, llena como
todos los centros fabriles de aquellas utopias
sensuales que habian esparcido las escuelas
socialistas y que habia atizado la política uti-
litaria de Luis Felipe; ciudad de millares de
trabajadores dispuestos á pedir ventajas com-
pletamente irrealizables y á sublevarse si no
se oian sus peticiones, aun á riesgo de caer
nuevamente en la esclavitud y de matar á
mano airada la República. Espinoso ministe-
rio el de un representante de la autoridad en
ciudades trabajadoras, henchidas de jornale-
ros, durante esos dias críticos de revolucio-
nes violentas, en que todos los lazos sociales
se aflojan, todos los sentimientos políticos se
exaltan; y los más audaces, que son siempre
los más agitadores, se encuentran prontos á
todos los combates, creidos de que en una
sociedad tan profundamente conturbada y en
partidos enemigos dividida; sin base y sin
rumbo cierto, todo se puede improvisar en
las epilépticas elucubraciones de los clubs y
todo se puede conseguir en las sangrientas
batallas de las calles. Arago atravesó con
fortuna aquella época dificultosísima en que
las manifestaciones de París resonaban en las
calles de Lyon, y en que la inexperiencia po-
lítica de los republicanos, ébrios de ideas
fantásticas, y aleccionados por tradiciones
tristísimas de una revolucion en delirio, creia
que la República era una tempestad, una tor-
menta, donde hirvieran todas las pasiones,
cuando la República debia ser un seguro y
un puerto donde echaran su áncora los dos
principios esenciales á las sociedades moder-
nas, la autoridad y la libertad, necesarias en
todas partes y en todos tiempos, más que ne-
cesarias, indispensables á una verdadera de-
mocracia. Cediendo unas veces, aconsejan-
do otras; con transacciones que no compro-
tieran ni el honor personal ni la fuerza de
la autoridad; con advertencias leales y amo-
nestaciones agrias; Arago mantuvo el ór-
den público en Lyon, bien que mante-
niendo los talleres y los salarios oficiales con